

NIXON: MAS CERCA DE LA CATASTROFE

Nunca ha estado tan cerca como ahora el Presidente Nixon del «impeachment», de la decisión de una sesión especial del Congreso para forzarle a dimitir, a lo largo de todo el espinoso y difícil caso del Watergate. La destitución del fiscal Cox, que examinaba el caso, puede ser un acto temperamental, o un exceso de poder frente a un funcionario que no obedece las órdenes de la Casa Blanca —destrozando, sin embargo, la muy querida y respetada suposición democrática de la independencia entre el poder judicial y el ejecutivo—; pero siempre tendrá la apariencia de que Nixon tiene algo muy grave que ocultar a los jueces, al Senado, a la opinión pública. Si no es un acto temperamental, es un acto desesperado, de los de jugarse el todo por el todo. Se lo ha jugado. La cascada de acontecimientos que ha originado es espectacular. El secretario de Justicia ha dimitido porque no quiso firmar la orden que el Presidente le ponía delante; el asistente del secretario de Justicia, que quedaba al frente del Ministerio al dimitir su superior, ha sido despedido fulminantemente por negarse a firmar esa misma orden. El tercer personaje sobreviviente ha aceptado. Este ejercicio de la presión presidencial y de la violencia civil no se interpreta en Washington como una defensa de altos intereses nacionales, sino como la personal de Richard Nixon ante un tema que le atañe profundamente. Después del triunfo de la rama judicial y de la opinión pública en el caso de Agnew, estos estamentos de la democracia americana están en un nivel muy alto de satisfacción, y no van a tolerar lo que consideran como un atropello. Desde el momento de las destituciones y la dimisión, los manifestantes se reúnen a las puertas de la Casa Blanca para gritar «Impeachment!» o pedir la dimisión inmediata, y la Western Union ha declarado que jamás había acarreado a la Presidencia tantos telegramas de protesta procedentes de todas partes del país.

Las etapas más recientes del asunto se conocen, sin duda. Nixon pretendía que las cintas magnéticas que recogían las conversaciones secretas de la Casa Blanca fuesen directamente al juez John Sirica, para que éste las escuchase en privado y determinase si había en ellas materia judicial o no. Pero el fiscal Archibald Cox, encargado especialmente del caso Watergate, exigía que se le entregasen a él para estudiarlas con sus ayudantes



La posición de Nixon es ahora más precaria que nunca. El partido republicano tal vez se proponga deshacerse ahora de Nixon igual que se ha desembarazado ya de Agnew. En este caso, la presidencia la ocuparía el vicepresidente electo, ese desconocido que es Gerald Ford.

y, finalmente, entregarlas al gran jurado, especialmente las que se referían a las conversaciones entre el Presidente y sus ayudantes, celebradas entre junio de 1972 y abril de 1973. Se planteaba, además de este tema concreto, el hecho de si el Presidente tiene privilegios especiales que le permitan estar por encima de la justicia. Nixon argüía que solamente el Congreso puede juzgar los actos de un Presidente. El tema iba a llegar al Tribunal Supremo, que rehuía la cuestión de los privilegios para enfrentarse con «las circunstancias precisas y absolutamente únicas del caso»: es decir, si las cintas debían entregarse al juez Sirica para su escucha solitaria y confiar a este único personaje lo que parece ser la clave del asunto, o si había de pasar al fiscal especial para que éste las hiciese escuchar, en su momento, al gran jurado. El Supremo, sin embargo, intentó aún que los abogados personales de Nixon y el grupo jurídico del fiscal Cox se pusieran de acuerdo. No se consiguió. El fiscal Cox solicitó entonces del Senado que prorrogase la constitución del gran jurado que ha de estudiar el caso Watergate (que, de otra forma, expiraría el 4 de diciembre, puesto que fue nombrado por seis meses) y, al mismo tiempo, lanzó mandamientos contra tres grandes imperios industriales: American Airlines, la Goodyear y la Minnesota Mining; las acusa de

haber financiado secretamente la campaña electoral de Nixon, violando así disposiciones legales y constitucionales que tienden a evitar la colusión entre el poder y el gran capital en detrimento del pueblo. Los augurios durante la última semana en Washington eran desfavorables a la causa de Nixon; se sospechaba que el Tribunal Supremo iba a fallar en favor del fiscal Archibald Cox con una orden para que le fuesen entregadas inmediatamente y directamente a éste las cintas magnéticas, y se podía predecir con toda seguridad que el Senado iba a prorrogar la existencia del gran jurado con objeto de dar tiempo al fiscal a estudiar a fondo las cintas y a continuar la investigación del caso. Al mismo tiempo, el comité especial del Senado, presidido por Erwin, quiere también las cintas para su propia investigación. Las había solicitado por medio del tribunal federal del distrito de Washington, pero el juez Sirica decidió que este tribunal era incompetente y que la petición había sido presentada con defectos de forma, con lo cual concedía así un nuevo respiro a Nixon.

Pero la inminencia de la acción de Cox ha llevado a Nixon a destituirle, en uno de los actos más violentos de todo este caso. La decisión y el escándalo inmediato son enormemente graves para el Presidente; pero es posible pensar que si ha actuado de esta manera es



La destitución del fiscal Cox, encargado de examinar el caso del Watergate, cualquiera que sea su causa, tendrá siempre la apariencia de que Nixon tiene algo muy grave que ocultar al país.

porque el contenido de las cintas y su escucha por el gran jurado podrían ser más graves para él.

La posibilidad del «impeachment» está ahora enteramente abierta, al mismo tiempo que una



Una de las primeras reacciones a la destitución del fiscal por el Presidente ha sido la dimisión del secretario de Justicia, Elliot Richardson.

crisis en el poder —es preciso que Nixon haga nuevos nombramientos en el Departamento de Justicia, y que otro fiscal reemplace a Cox—, y que un enfrentamiento mayor entre la justicia y la presidencia, y que una conmoción en la opinión pública. Para el «impeachment» —esto es, la acusación constitucional contra el Presidente como presunto autor de un delito común—, es preciso que el Congreso decida por mayoría simple de votos la iniciación del procedimiento. No había seguridad ninguna de que los enemigos de Nixon consiguieran esa mayoría, aunque se sospechaba que podría haberla si Nixon no aceptaba la posible sentencia del supremo en favor de las pretensiones de Cox; es ahora más probable que nunca, sobre todo si el partido republicano, que ya se ha desprendido de Agnew, piensa que la única posibilidad que le queda para las elecciones de 1976, y para mantener ahora un cierto poder, es desprenderse de Nixon.

Ocurriría en ese caso —todavía no determinado— que la Presidencia del país la ocuparía el vicepresidente electo, Gerald Ford. Un desconocido. O más que un desconocido, un conocido por su escasa representatividad. Sus mayores éxitos parece que han sido los de jugador de rugby en la Universidad. Como «leader» del grupo republicano en el Senado, era exclusivamente un mandato de la Administración, un

hombre de Nixon, sin opiniones propias. Como vicepresidente para resolver la vacante de Agnew era el hombre indicado: su propia falta de personalidad le presentaba como un hombre sin grandes enemigos, sin demasiadas hostilidades. Como Presidente de los Estados Unidos puede ser otra cosa. Las estadísticas demuestran que de muchos de estos hombres borrosos está hecha la reciente historia de los Estados Unidos: durante catorce de los últimos veintiocho años han gobernado vicepresidentes convertidos en Presidentes. Es sin duda uno de los fallos mayores del sistema electoral y gubernamental de los Estados Unidos: se elige para vicepresidentes a personas que no son nadie, o que suponen una maniobra de dosificaciones políticas, sin tener en cuenta que sus probabilidades de ascenso a la Presidencia son —como está demostrado— de un 50 por 100. Y es que en el momento de designación de un candidato a la Presidencia no se piensa nunca que puede acabar él antes que su mandato. De todas maneras, la escasa personalidad de Ford —que podría revelar que es otro si el poder máximo llegase a recaer sobre él y fuese dueño, en parte, de sus responsabilidades— parece a muchos bastante más aceptable que la de continuar con un Presidente en entredicho o lo que hubiese supuesto el ascenso de Agnew. ■ J. A.

Los Contem pora neos

LA GUERRA DEL DIABLO

"La vida es una grosería", dice un personaje de Chejov. La película "Lo verde empieza en los Pirineos" es como la vida misma. Vicente Escrivá dirigió "La guerra de Dios"; dirige ahora, en esta película, algo así como la guerra

del diablo. Era una deuda que tenía. En estos tiempos, todo el mundo tiende a equilibrar su balanza de pagos. Lo que se cuenta aquí es una gran saga española de nuestro tiempo: la de un pueblo que se pone en movimiento lento, pero incesante, para llegar a Biarritz, a Perpiñán, y ver allí películas.

Hace algún tiempo que me parece percibir que la comicidad española —llamarla humor es algo cómico también— de la que ha brotado el gran grupo de "Hermano Lobo" —y algunos otros lobos sueltos, o coyotes solitarios en las alturas— no es más que un realismo. Chumy o Mingote —por citar dos— son como Velázquez o Zurbarán; pintan lo que ven. Si los resultados son distintos, es porque ha cambiado la realidad exterior. Cuando Summers, en el principio de esta película, realista y severa, caricaturiza el cuadro de las lanzas, lo que ha cambiado es la circunstancia: ya no se rinde Breda, pero quizá se rinde Angelinas; ya no se pasa con solemnidad la llave de la ciudad conquistada, sino la de un apartamento coquetón, la de un "nidio de amor".

Cualquiera que vea esta película sin prejuicios la encontrará cómica, hipócrita y fácil. Yo, afortunadamente, tengo prejuicios. Nunca he pretendido tener una asepsia zoológica para considerar mi vida y la de mi coetáneos. He sido tendencioso; es decir, he procurado dar una tendencia a mi vida y, siendo hombre de formación y costumbres antiguas, un poco "camp", no he tratado de disimular mis tendencias hacia el otro sexo. "¡Desvarios de la edad!", decía Quevedo. Por eso encuentro algo de épico y legendario en la saga de los Martínez que atraviesan ríos y valles para ver lo invisible (la comprobación de lo invisible ha sido siempre una gran preocupación española; por eso tiene aquí tanta importancia el efecto contrario, el de la transmu-

tación en invisible de lo visible). El hecho de que esta tragedia sea al mismo tiempo cómica no es una contradicción. No hay nada más trágico que los personajes cómicos, al menos para sí mismos. En España se inventó el género

que en el viejo idioma castellano, actualmente en desuso, se llamaba jocosero. "La Celestina" era una obra jocosera, una tragicomedia, y jugaba con estos mismos elementos: el sexo, la represión, la sociedad y la imposible evasión. Sólo que "La Celestina" terminaba bien: con el amor consumado y con la muerte inevitable; "En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios". En nuestra película no hay amor consumado, y todo vuelve a su cauce natural, a la provincia cerrada y arcaica: "En esto veo, Vicente Escrivá, la grandeza de la censura". Una vez más manifiesto mi admiración por tan persistente organismo y por los sabios varones que lo activan. Sin este final, la película hubiese perdido su realismo. El que vaya sin prejuicios encontrará una coartada moral en la vuelta al redil. Yo sigo viendo la vida misma. Conozco estos personajes, he visto vivir esas situaciones, y siempre terminan así. La naturaleza imita al arte, decía Wilde; no, la naturaleza imita a la censura; censura y naturaleza terminan haciéndose una sola cosa, una misma realidad.

En una antigua calle madrileña —¿era el callejón del Gato?— había unos espejos deformantes, cóncavos, convexos, ondulados. El que pasaba se veía caricaturizado. Los espejos creo que han desaparecido; las imágenes, no. Aquellos espejos crearon naturaleza. Si han desaparecido es porque ya no los necesitamos, porque ya somos así. Un día desaparecerá la censura, y es que ya todo será censura.

Los espectadores rien a carcajadas viendo las aventuras y desventuras de López Vázquez y sus compinches en Biarritz. Estoy seguro de que si las imágenes tuvieran vida, se reírían también al ver a los espectadores. Sobre todo, viéndoles reírse delante de este espejo del callejón del Gato. Con su luna tersa y aburrida. ■

POZUELO